

ARDE LA OSCURIDAD

JUAN CARLOS MESTRE

I

Arde la oscuridad. En el corazón de las piedras abren sus párpados los viejos girasoles que miran el teatro de la muerte a través del calidoscopio de Merlín. Son los ojos que no vieron crecer el maíz con que sueñan las gallinas, los ojos en blanco de quienes ahora duermen bajo los huertos de patatas y resucitan de noche cuando hay lluvia de estrellas. El jabalí y el ruiseñor viven aquí cuidando el recado de las manecillas del tiempo, la sonrisa de los amantes desaparecidos en la esfera del reloj de bolsillo. En cada aldea hay una ermita, en cada ermita un sepulcro para la miga de pan. Al anochecer baja el rebaño de los cometas a pastar en el camposanto rayos de luna, y el pensamiento de las muchachas que desgranar guisantes mancha lejanas almohadas con la densa aureola de las nieblas del vino. Así brota el amor en las silenciosas parras del paraíso, así se endulzan los negros racimos que serán cortados por las mismas manos que tocan el arpa. Este es el sepulcro de las libélulas extraviadas del cosmos, la alcoba donde los ángeles de aquellos que todavía no han nacido siegan la hierba de los amores muertos.



II

He visto la belleza del infierno, he oído la caja de música que ronronean los gatos bajo las lápidas, he acariciado la boca del aire amarillo que lame los campos de centeno. Eso es lo mágico, el aliento del búho que oxida los siete clavos de la herradura del buey, los mirlos que liban leche de higuera en la cornamusa, las navajas de Taramundi con que afilan sus puntas las estrellas de nieve. Elvira de Noboa ha muerto y las manzanas que todavía no estaban maduras lloran sin árbol el dulzor de lo que para siempre fue condenado. La gente de Noia, las ánimas errantes de las palomas de Noé, dejan huellas de ballesta sin flecha sobre las arenas olvidadas por el mar. He visto el último rostro de quienes han sido besados por el unicornio de la inexistencia, he oído el canto de aves desconocidas en el pudridero de las catedrales, he rozado los estambres rojos con que ensartan la melancolía los sastres muertos. La hiedra ha ido cubriendo las jaulas del corazón, la hora boreal de los esquivos y las enamoradas ha terminado.



III

Hace tiempo que esta memoria fermenta sus mostos azules en el sepulcro de los Andrade, hace tiempo que los acróbatas se han vengado de su hambre, y giran en el remolino de las galaxias abrazados con el bufón y el gaitero. Sólo los alabarderos permanecen tiesos, amarrados al palo de su tercera pezuña, taciturnos como canes entristecidos cuyos fieles amos nunca hubieran muerto. Ahí siguen, sobre la nada de los hexágonos que otorgan sus mieles al mundo, puliendo la joya solitaria de su único instante, mudos, acaso sabios peones en el ajedrez donde traman su emboscada los tábanos al caballo de los peregrinos. No queda otra huella que las cenizas de la maravilla, puñales de hojalata en los escudos, un río de crisantemos verdes regados por el aguarrás de las visiones. La noche ha abandonado los capiteles para ir a dormir sobre los colchones de lana donde yace pequeña y desnuda la hija de la eternidad. A los viejos condes les ha echado de comer su mendrugo de justicia la mano seca de la muerte. Lo que canta el trovador lo repite el aire alto de la veleta: *Caballo sin caballero, rara espina sin rosa, quién te dará las dos alas de libertad que yo quiero.*



IV

Cualquier día los gorriones llevarán del pico a los navíos que no supieron regresar a la felicidad, y las mujeres que juntan las manos, y las que las separan, guardarán los pañuelos que agitaron ante los dolorosos vientos. Cualquier día en la misma gaveta donde espera su hora la hebilla que cierra las olas y el martillo que desclava las puertas. Cuando se abran los párpados habrá una flor de lys ardiendo en los catres donde aguardó la pasión el solitario, sal de oro sobre las mesas donde los humildes repartieron su hogaza con el pez de los desaparecidos. Así será entonces cuando el tiempo futuro sea el recuerdo de cuanto ya ha sucedido, cuando en la cabaña del pastor la noche corone de poleo y laurel al príncipe de las cabras. Entonces Noboa se quitará la armadura y tirará el abrelatas al pozo de los sollozos. Entonces Ribadeneira soltará su espada e irá con el xurado de Betanzos a comer sardinas a la cantina. Entonces volverán a ladrar los hocicos de hojalata, entonces las colchas de musgo cubrirán a los necesitados, a los portadores de leves palabras, el canto de un gallo, semillas de ruiaseñor, los que de camino vienen desde ningún lugar y llevan a vender algo, más bien invisible, a la feria de san Paio.



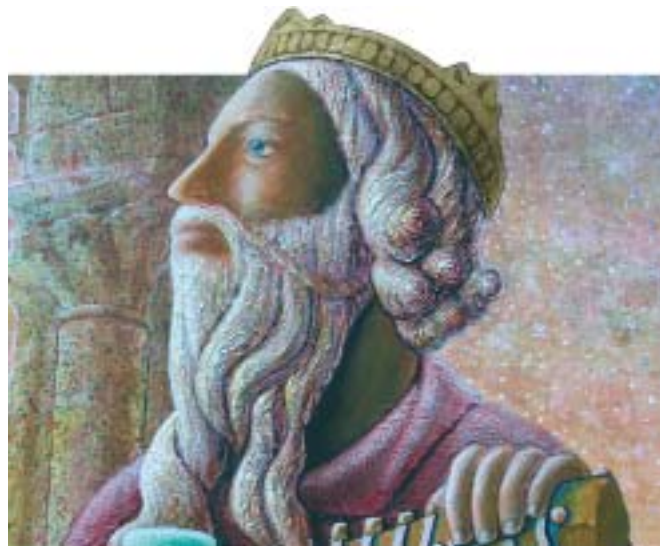
V

Santiago que salva a los pinos de las orugas, salvará a los que andan sin zapatos. Señor Santiago que aparta los espinos al ciervo y echa sus dados en las bombillas fundidas del universo. El que corta la barba seca del invierno y piensa en la telilla de las castañas. Santiago apóstol de las setas y de los que nunca vieron nada, compadre de los animales ciegos y los vengejos sordos, las criaturas que miran a través de las gafas de dios los círculos de lo eterno, los analfabetos pobres que silabeen las sombras de la imaginación ante las rayas con rabo de uva del abecedario. No hay porque sí o porque no, todo aquel que tuvo un sueño, una cruz en su tumba, una fecha ya borrada por el granizo, una fría flor de noviembre, una estrella abrazada a otra estrella, irá como una alondra al cielo. Basta con mirar dentro de una gota de agua para saberlo, basta con besar la frente de alguien que acaba de cerrar los ojos para cerciorarse de ese destino. Santiago que borra las pecas a las mozas, echará una mano en la barca que vuelca. Señor Santiago que desata los pies a los convictos y pone una caja de cerillas en las manos de los muertos.



VI

En el Pórtico de la Gloria la piedra molida sabe a canela, pero ese sabor aún no se sabía cuando el salvado de la eternidad todavía se llamaba polvo. El que se sienta en el cielo se sienta sobre una nube de perfume y a ese lugar del Apocalipsis los que mandaban le llamaron trono y los que no tienen otra cosa que la sémola de la esperanza en el cráneo, le llaman escaño. Veinticuatro ancianos vestidos de blanco equivalen a un niño recién nacido, y a esa suma de cítaras y coronas de oro no hay manera de darle la vuelta. Se sabe que la música fue inventada por el obispo de los grillos, y se sabe también que las partituras celestiales fueron escritas por el pájaro picapedrero que anida en la oreja izquierda de los hermanos masones. No saber estas cosas provoca el mal de la certeza y la enfermedad que hace confundir las ataduras que diferencian a un imán de una soga. A virutas de harina dicen que se parecen los que han visto salir de la masera de la nada los dedos de Dios, a piedrecitas blancas los latidos extraviados de su compasión.



VII

Ramón de Borgoña, conde de Galicia, tenía un caballo con dos cabezas, una relinchaba en marzo, la otra le recitaba a los músicos ciegos poemas de Homero. Diego Xelmírez, vicario compostelano, tuvo visiones y las guardó en un pañuelo. Las cosas que uno ve y se guardan en un pañuelo duran hasta que alguien decide dejar de llorar. Los cuatro puntos cardinales dejaron de llover lágrimas la mañana en que el Mestre Mateo oyó soñar en una roca de granito el tímpano desvelado de la primavera. Era el día primero de abril de un año que terminaba en ocho y no se comía tocino durante la cuaresma. Era la imaginación de la Gloria y el Redentor ya hablaba en gallego con los bienaventurados y sus queridas criaturas. Ramón de Borgoña, conde de la llovizna, tenía amaestrada una urraca que hablaba en diecisiete lenguas con las peregrinas. Ni Diego Xelmírez ni Ramón de Borgoña volverán a pasar cada uno por delante de la casa del otro.



VIII

En aquel entonces el Rey David vivía en Xinzo de Limia y tomaba aguardiente con San Benito Negro, antes, mucho antes de que existiera el café y los que iban a ser mis abuelos emigraran a Cuba. Ahora todos están en la Gloria, que no es mal lugar para los que tanto sufrieron, en compañía de trovadores y profetas, vecinos con los herradores de caballerías y las panaderas del centeno de otoño. Debajo de estas palabras, si las levantáis, veréis el fondo del mundo, un lugar más pequeño que un grano de mijo, y algo más grande que la aureola de un astro cuya duración se hubiera extinguido. En ese hueco engendran las madres a los dibujantes y los retratistas, los antepasados de la golondrina que nace para desobedecer la costumbre de los colores grises. Por aquel tiempo, cuando no existían fotógrafos y la realidad se guardaba en la alacena junto al espinazo para el caldo y la bola de unto, los *trapalleiros* vivían encaramados a las copas de los abedules. Allí aprendían el lenguaje de los estorninos, allí libaban *xastreu* hasta oxidarse en la imaginación del invierno que mella el filo de los matarifes. Pocas verdades hay más grandes que la cresta encarnada del gallo la mañana del miércoles de ceniza, cuando se acaba el carnaval y vuelve a llenarse de lágrimas la laguna de Antela, donde las mujeres que han dejado de ser viudas tiñen sus ropas de blanco y nacen las fuentes del río Jordán.



Un poeta es tan venerable como un peregrino, ambos custodian la llama de un cirio y son compatriotas del mediodía. El que lleva en el morral un caramillo para espantar los pecados posiblemente viva del aire hasta el día del Juicio Final, y el que ha hecho de caña una flauta para pescar peces en las charcas de Santaballa probablemente no regresará jamás del silencio. Cada uno busca como puede la manera de salvarse, buscan unos al hombre que les preste levadura, una mujer que les ponga un racimo de silbidos en la frente, un ángel lazarrillo que los guíe a las bodegas del cielo, un copista que los inscriba en el libro de los justos, un pintor que les quite la agonía de los ojos, un brebaje de luna que los haga inmortales, una sustancia de libros que los torne inteligentes, un enterrador que los deje en buena postura, una endemoniada brisa que los arrastre más lejos. Los que llegan olvidan el camino de regreso y se vuelven moscas, gusarapas, huevos de mariposa. Un peregrino es tan venerable como un poeta, ambos custodian el arco iris, la voz sin boca con que hablan los frutos, los erizos silvestres y las monedas del agua desnuda.



Así llegan a Terra Chá, en la frontera entre el Bierzo y Persia, los que se fueron hace varias vidas de su casa, así llegan a Boimorto y a Roma. Salen temprano porque entonces la luz tiene el brillo de los maizales incas y ya en Corcubión se sabía en el siglo XII el colorín de esas cosas. Van a la vendimia de Babilonia, no llevan cuartos y volverán sin ellos. Siguen el rastro de un animal misericordioso, como si hubieran salido de Egipto con la chaqueta nueva de pana. Se extravían en el desierto, pero el que todo lo manda se apiada y les envía el maná de las codornices y la multiplicación de los brazos del pulpo. De esta manera llegan al Obradoiro ante el tribunal de Dios sin ser mordidos por los demonios, y allí se quedan como dormidos alrededor de la brasa que sopla Yavhé y brota el humo incrédulo del sermón de los frailes. Algunos despiertan sobresaltados y salen huyendo sin reparar en abismos, otros se quedan para siempre de monaguillos, embriagados por el olor de los cáñamos santos. Pero hubo uno que al volver en sí, sin dudarlo un instante, convencido por el más irrefutable y conmovedor de los sueños, pronunció su no. Le llamaban Prisciliano, el que se fue de baile al San Froilán de Lugo.



En el Antiguo Testamento, Satán era un perro asirio que incitaba a las mujeres a copular con los espantapájaros que el pequeño dios de los sembrados había dejado al cuidado del Génesis. No eran pocas las tentaciones para los que vivían a ese lado de la Biblia donde la magia de los siete deseos aún era pecado. A los seducidos por el tropiezo de la lujuria los testículos se les volvían de piedra y tenían que ir de rodillas hasta la iglesia de San Martín de Tiobre para romper el maleficio. De ellos descienden los afiladores, los corzos y las muchachas que rodeadas de luciérnagas brillan timidamente en el bosque poco después de descubrir el amor. En el Antiguo Testamento, Luzbel era un ratón de pajar muy parecido al murciélago. Los hombres que madrugaban a cazar eran seguidos por la respiración de sus mujeres dormidas. Más de cuatro casos se dieron en Castro Caldelas de esposas que contra su fortuna quedaron preñadas. Sus hijos vagan hasta hoy como los vilanos del cardo, de aire en aire, por las campas Abeleda. En el Antiguo Testamento las herramientas eran nuevas y la Tierra estaba recién estrenada como un blanco vestido de novia.



Cuando llegan los acróbatas se le secan las mejillas al barro y las culebras salen de las sementeras de colina a tender al sol las camisas humedecidas por la niebla que nace en las Caldas de Ourense. La niña princesa de Allariz nació muerta y fue enterrada viva, y viva sigue bordando pasionarias y cosiendo botones a la sotana de los clérigos que iban para mozos de romería antes de cruzarse con la tórtola del Espíritu Santo. De ella escapó Paio Gómez Chariño, el que fuera señor de Rianxo, poeta almirante y mal vecino de moros. En la ría de Pontevedra vio asomarse sobre la raya del mar la aguja del minarete de Sevilla, y así lo contó en Ciudad Rodrigo donde lo tomaron por loco y fue asesinado por meter desorden en el horizonte. Hay historias que uno preferiría no entender para que siguieran siendo verdad, para que sigan llegando los acróbatas a la feria de los martes, mientras los Andrade andan por el monte a ballestazos con los jabatos y los canteros les rematan las orlas del sepulcro. Cuando se van los acróbatas las mejillas del barro se vuelven a humedecer, y el sacristán que toca las campanas de la atardecida, sabe que esa puede ser la hora del milagro, el instante en que la niña princesa de Allariz, que nació muerta y fue enterrada viva, se pone elegantemente a toser. Lo que para unos demuestra la suprema existencia de Dios y para otros la elocuente persuasión de la abadesa ilusionista que hipnotiza sagradamente a las monjas.



XIII

Un héroe es un héroe, llámese Hércules o Meleagro. Pudo haberlo sido Fernán Díaz de Ribadeneira si no hubiera sido tan serio. Lo pusieron tieso en esta vida por lo menos tres mujeres, primero Constanza Méndez y Maior de Vaamonde, a las que les olía a flor de azahar el aliento, luego María Fernández de Bolaño que lo desheredó por ingrato y otras causas que hasta hoy, aunque sospechadas, no son conocidas. Por lo que parece tuvo más de mil quinientos vasallos, demasiados para ayudarle a ponerse una sola armadura, pocos para guerrear con Rui Fernández Nogueyrol y añadir en su escudo media docena de vieiras. Un héroe es un héroe, pero hay que tener dos mujeres, correr como un galgo, un babero con remaches y estar enterrado en Lugo.



XIV

Fray Álvaro de Quiroga es otro asunto, un comendador no es un labriego, sino un hombre con bonete y una espada con la que mandar en Portomarín y Jerusalén. Los reyes de fuera dan a los comendadores lo que no es de ellos, por eso el comendador es comendador y el labriego, labriego. Unos sacan a pastar el ganado, el otro les cobra cuatro cuernas de portazgo al pasar por sus villas. A los que mueren de hambre les cruzan dos palos sobre la tierra y les ponen una piedra en el pecho para que el viruji de la marisma no les lleve el alma flotando. A los encomenderos se les amarran las injusticias con un rosario y les ponen una Cruz de Malta justo encima del corazón. Probablemente ambos se encuentren en el camino, y unos sean liebres y otros caracoles, bueyes, lagartos, y comiencen de nuevo a florecer los almendros y haya postre de cerezas en la Última Cena del bien y del mal. A la diestra el comendador, del otro lado los labriegos, todos invitados al cumpleaños del que algún día, mientras no se arrepienta de haber creado a los hombres, fue Dios.



Ninguno tuvo una armadura como Pero Fernandes de Párega, alabardero de Betanzos, aunque de nada le sirvió: igual que a su bisabuelo y sus bisnietos, lo celebraron en un descuido los gusanos. No pudieron comerle el escudo, y ahí está, como la tapa de una olla bajo la que hierven en el agua los dragones, la rancia cachucha de los dueños y las habas contadas del miedo. Miedo dan los seres desconocidos, escribientes, filólogos, geómetras, médicos judíos, que se quedaron mirando la vida celestial y nadie los reconoce cuando abren el portalón de la noche y cansados abandonan su lugar seguro vestidos de sacerdote mongol o mandarín chino, nobles en su oficio de confesar apóstatas, absolver las fantasías de los beaterios, bautizar a los niños que sin saber qué hacer en el limbo prefieren llamarse Abdón o Senén. Cuando los vivos se olvidan de los muertos, según dicen en Boiquexón, más vale andar con cuidado, pues son entonces los muertos quienes comienzan a acordarse de los vivos.



Clara Sanches, esposa de Afonso de Carvallido, no es de este mundo, sino alcaldesa de la hermandad de los relámpagos. Siete veces la enterraron y ocho resucitó, cada vez más bella, más elegante en el orden de las azucenas, otra vez más lozana para envidia de los duraznos. Cuando iba a la iglesia, los santos apóstoles se bajaban de sus peanas y la seguían por las orillas del Mandeo hasta dejar vacío de fe el siglo en el que la Tierra dudaba si ser plana o redonda. Eso lo resolvió el Bufón de Tui, que tenía cascabeles en las orejas para asustar lo que no quería oír. No hacen falta llaves para la cerradura de la sonrisa, cuando gira la manivela de la zanfona también se mueven las constelaciones y el alma de Clara Sanches danza de puntillas en la plaza roja del corazón. Dicen que cuando llueve en Chantada, al otro lado del mar está nevando azúcar. Estaría bien, aunque tal vez, palabras más, palabras menos, fuese la nieve el camino blanco que reparte los dones y otorga la propiedad de las estrellas a quien las trabaja.



XVII

Joan Bonome, notario de Betanzos, era, de creerle el apellido, un hombre bueno. Y con cara de bueno sigue después de seiscientos años. Roi Lopes, notario de Melide, de creerle el apellido, era un hombre dulce. Y con cara de serlo sigue después de quinientos años. Lo que de día cobraban al rico se lo regalaban a los necesitados de noche, y de cuanto daban fe ya se les podía venir el universo encima que seguían manteniéndolo. Igual le hacían testamento al cetrero para que heredasen sus halcones las nubes de Mugaros, que al organista de Vimianzo para que se dijese cien misas por los músicos del purgatorio. Joan Bonome tenía luz en los dedos y en cuanto dejaba escrito estampaba también su rúbrica la conmplacencia divina. Roi Lopes firmaba las actas con tinta de purpurina, y aún son muchas las ánimas que siguen buscando por los legajos su fina veta de oro. Bonome y Lopes, notarios de Betanzos y Melide, fueron, de creerles el apellido, hombres que bien merecen un sepulcro junto a la nostalgia de los que tienen frío, los vendimiadores de la aurora y los príncipes portugueses.

